

RESEÑAS

NAVARRO PALAZÓN, Julio y ROBLES FERNÁNDEZ, Alfonso: *Liétor. Formas de vida rurales en Sarq al-Andalus a través de una ocultación de los siglos X-XI*, Murcia, 1996, 139 + CXII págs.

Liétor es el nombre de una localidad española de la provincia de Albacete que muy pronto se hará familiar entre los historiadores de la vida material durante la Edad Media, y entre los historiadores de las técnicas. La España musulmana, que ya era muy rica en agrónomos antiguos y en estudiosos contemporáneos sobre la vida rural, se beneficia en lo sucesivo del más bello conjunto de útiles y objetos domésticos (a los cuales cabe añadir las armas) que jamás se haya encontrado. Y la bella publicación que Julio Navarro y Alfonso Robles acaban de presentar sobre este *tesoro* es digna del excepcional interés del hallazgo.

La obra se inicia con dos prólogos: el primero de ellos está firmado por Lucie Bolens, que insiste sobre la conformidad de los datos arqueológicos respecto a las indicaciones agronómicas; el segundo se debe a André Bazzana, que sitúa la relevancia del tesoro de Liétor en el ámbito aún por explorar de la historia de las técnicas y de la cultura material. El hallazgo y su contexto, tanto geográfico como circunstancial, se abordan en la primera parte del estudio; seguidamente se tratan los materiales, ordenados a partir de una civilización funcional. A continuación se suceden los análisis dedicados a los objetos metálicos, a la madera, al hueso, y el resultado de las dataciones por radiocarbono, además de resúmenes en francés y en inglés, que aseguran una amplia difusión de los datos y de su interpretación. Un gran número de bellas fotografías (se aproximan al centenar) acompañan cada una de las propuestas de los autores. La última parte de la publicación se configura con un catálogo de 112 páginas compuesto por 187 números de inventario; en él cada pieza cuenta con una ficha que aporta todas las precisiones necesarias acerca de su estructura, el estado de conservación, la morfología, la tecnología, las dimensiones y ocasionalmente la decoración; se presentan dibujos e incluso fotografías de todas las perspectivas de las piezas; la escala se ofrece de una forma original, pero acaso poco evidente para el lector. Pese a este detalle, nos encontramos ante un catálogo de consulta muy cómoda, organizado según los mismos principios del estudio que le precede, es decir atendiendo a las funciones de los objetos, lo cual constituye un verdadero modelo en este tipo de publicaciones. Es preciso llamar la atención sobre esta clasificación funcional que por fin supone una ruptura con los puntos de vista tra-

dicionales que daban el protagonismo al material sobre cualquier otra consideración, favoreciendo una perspectiva tecnológica, a menudo mal dominada, en detrimento del uso.

Fue en 1985 cuando, en una cueva con el nombre pintoresco de *Peñascal de los Infiernos*, un grupo de jóvenes descubrió el depósito perteneciente a la época islámica. Una gruta, descubierta por jóvenes por no hablar de niños... eso tiene en común Liétor con Lascaux y con Qumran: los hallazgos de *tesoros* son siempre fortuitos. Las consecuencias también son análogas: los especialistas no han tenido acceso al yacimiento en su estado original y en Liétor no ha podido comprobarse la disposición de las piezas: la publicación ofrece una topografía de la cueva, pero no del depósito. Pese a todo, el diálogo entablado con los descubridores de los materiales del ajuar parece haber sido fructuoso. Así sabemos que el depósito ha sido cuidadosamente planificado, en dos partes o en dos tiempos, los objetos más preciosos y los menos llamativos fueron separados de los elementos más voluminosos y los menos personales. La cámara de la cueva, que no podría en ningún caso haber constituido un hábitat, ha sido cuidadosamente sellada por bloques rocosos. También cabe reseñar las excelentes condiciones higrométricas del medio que han permitido la conservación de los objetos de madera.

Los arqueólogos del Centro Ibn Arábí de Murcia, dirigido por Julio Navarro, han recopilado la totalidad del mobiliario, del cual se ofrece en esta obra, un estudio y una presentación impecables. El utillaje agrícola está representado por diversos instrumentos de labor y de recolección de la cosecha, así como por los elementos metálicos de un pequeño molino. La reja de arado es del tipo llamado *céltico*, en el cual la zona de inserción tiene la misma longitud que la parte sólida; se trata pues de uno de los tipos más antiguos de rejas, mencionado aquí con el término *reja dental*. Igualmente, las hoces de hoja no dentada, son de grandes dimensiones, pero su forma curvada muy abierta, las sitúa en un estadio bastante arcaico desde el punto de vista del desarrollo instrumental. Las azadas, mal diferenciadas como siempre en los escardillos, constituyen los únicos instrumentos de labor de brazo: el elemento intermedio entre hoja y mango de inserción es muy curvado, casi adopta una forma en cuello de cisne, proporcionando un ángulo de ataque muy cerrado. Los autores, que comparan estos instrumentos con el utillaje tradicional, no dejan de señalar la lentitud de las evoluciones morfológicas y técnicas. Ello quizás se puede aplicar aún más al resto de los útiles, como por ejemplo el empleado en el trabajo de la madera: el martillo, con un extremo preparado para arrancar clavos, no quedaría relegado en la caja de un carpintero moderno; el ajuar dispone incluso de azuelas con uno de sus extremos en forma de martillo, una barrena y una hoja de sierra. Los punteros de 40 cm. de longitud y 1 Kg. de peso son más enigmáticos: podrían tratarse de instrumentos de mineros. Más singular es el hacha que podría constituir el vínculo de un útil forestal y de un hacha de guerra. El depósito también presentaba accesorios pertenecientes a una red de pesca (flotadores y plomos) y cuatro interesantes balanzas de fiel en hierro y latón, pero con una sola pesa de bronce; una de las balanzas, la más grande, vinculada con grandes recipientes metálicos en forma de calderos, debía servir para pesar el grano. El mobiliario doméstico consiste en candados y aldabas, cadenas y llaves, una badila (?), un candelabro (almenara), un candelero trípode (almenar) y dos bellísimos candiles de bronce, uno de los cuales está decorado e incluye una inscripción grabada que identifica al artesano. No obstante estamos tentados de señalar una ausencia y una presencia, igualmente sorprendentes: la total ausencia de cerámica, que en el ajuar

está reemplazada por una numerosa vajilla de madera, cuya presencia es excepcional lejos de los ambientes subacuáticos; entre el mobiliario en madera se documentan varios platos, cuencos, escudillas y una cuchara; es bastante sorprendente la mesa baja, ornamentada con un friso tallado, y esos mangos de útiles, en particular un mango de punzón prácticamente intacto, y los grandes fragmentos de un escudo. Este último elemento está asociado a dos armas en muy buen estado de conservación (una hoja de espada y una punta de lanza) y a elementos del equipamiento del caballero: bocado, arneses, pinjantes.

A pesar de la presencia de esas armas y de algunas piezas de valor, en especial uno de los candiles de bronce, el conjunto de Liétor parece más próximo a tratarse de un depósito de útiles que de un *tesoro* en el sentido habitual del término. Se sabe que este tipo de hallazgos no son extraños en el ámbito de la arqueología medieval, siendo relativamente frecuentes en Polonia, en la antigua Checoslovaquia y en los países balcánicos. Es por eso que la publicación de Liétor toma como referencia la obra de André Guillou, Giustina Ostuni y Odette Chapelot, *Les outils dans les Balkans*, que para la Edad media, debe mucho a los atesoramientos de útiles. En este caso se plantea la misma problemática que el hallazgo de Liétor pone de manifiesto. Si se es propenso a inclinarse por una valoración del material metálico, teniendo en cuenta la escasez relativa del hierro (tema a menudo evocado por los historiadores de la Alta Edad Media), o se puede estimar el mismo o mayor valor que el metal para el utillaje ya elaborado. El hecho de su producción, es lo que le confiere el carácterpreciado al depósito, aunque uno se encuentra un poco desconcertado ante la presencia en Liétor de objetos como los recipientes de madera, por no hablar de las conchas.

La publicación de Liétor deja un espacio bastante reducido al análisis metalográfico que sólo se aplica a un lingote de hierro, un lugar más amplio ocupa el estudio de la madera y del material óseo. Pero, como se ha dicho anteriormente, se presta mayor atención a la función que a la técnica que los ha producido. Y cuando se trata de identificar un objeto o de determinar su función, se pone en juego más bien la etnografía (para el utillaje) o la iconografía (para las armas), que las interpretaciones propuestas en publicaciones arqueológicas, empleadas por ejemplo en los yacimientos de Rougiers y Charavines-Colletière. Quizás se podría haber intentado ampliar la búsqueda bibliográfica, del lado de Europa Central y de Europa del Este, sin olvidar, claro está, la diferencia de los medios físicos y culturales. Además se ha inducido casi siempre a ir en el sentido de las interpretaciones propuestas. Dos cuestiones todavía: ¿el presunto peine textil no podría ser una almohaza (se acerca a su forma y sus dimensiones)? Y la badila es muy parecida a una pieza que en Brucato ha sido interpretada como una espumadera. El análisis global del depósito plantea cuestiones más importantes a las cuales los autores se esfuerzan por aportar respuestas sólidamente asentadas, aunque no siempre lograrán la persuasión. El problema de la datación juega naturalmente un papel esencial en este análisis; los elementos habituales y tradicionales de una cronología están absolutamente limitados: ya se ha señalado la ausencia de cerámica; a ello se añade la de monedas. Queda la morfología de los candiles de cazoleta cerrada, tapadera móvil, piqueta alargada y la decoración de estos candiles que presentan un asa de tapa zoomorfa: este mobiliario formaría parte de la época califal. También se recurre a los métodos científicos de datación: sólo se alude a la dendrocronología, pero el mobiliario en madera, la tabla, el escudo, etc., ha permitido la datación por el radiocarbono: los resultados después de la calibración concuerdan con una gran probabilidad, para designar el final del siglo X y el princi-

pio del XI, como el periodo de transición entre la época califal y la afirmación de los reyes de taifas, en la cual la kura de Tudmir ha conocido incursiones de tropas bereberes.

Que se trata de una ocultación, de un mobiliario puesto a buen recaudo y que la desaparición de sus propietarios ha provocado su olvido no puede ponerse en duda. Es más difícil precisar quiénes eran los propietarios del depósito, con qué tipo de sociedad humana se relaciona, teniendo en cuenta claro está el medio social y cultural que podía ofrecer el Sureste de España en torno al año mil. Los autores tienen la voluntad de ver en el tesoro de Liétor, el equipamiento no de una comunidad sino de un individuo jefe de familia. Y es verdad que es escaso el mobiliario presente no más de uno o dos ejemplares; se cuentan algunas hoces, pero una sola reja, y una familia sólo puede emplear en el trabajo de los campos a varios de sus miembros. Tanto el utillaje general, como el mobiliario doméstico (incluso contando varias aldabas y cadenas) no se oponen a este punto de vista. Después de todo, el famoso *utillaje del campesino* presenta un inventario más bien rico y se trata (en lo ideal) del equipamiento del cual debe poder disponer un campesino que se casa (en el siglo XII). Pero las armas y el equipamiento del caballero, ¿qué función desempeñan en el equipamiento del campesino? Inevitablemente, se estaría tentado como lo están los autores, de explicarlo como el testimonio de una categoría social en la cual el campesino se confunde con el guerrero. Habrá que hacer notar que no se trataba de un campesino-guerrero, cuya imagen y arquetipo nos ha legado la organización romana, sino de un guerrero a caballo que se ocupaba tanto del arado como de la lanza. Esa podría ser una explicación satisfactoria si tenemos en cuenta que los datos sobre la sociedad rural de la época califal no se oponen a esta interpretación.

No obstante, no es la primera vez que un hallazgo arqueológico invita a imaginar esta aberración social: cada vez más, es preciso revisar la interpretación para volver (¿desafortunadamente?) a una visión más clásica de las relaciones entre las funciones guerreras y campesinas, entre Marte y Quirinus. ¿Fue eso lo que ocurrió en Liétor, como parece indicar la asociación de los dos tipos de equipamiento? Por lo menos, ello invita a la reflexión. Y no es un mérito menor de esta publicación el plantear este tipo de interrogantes.

Hace un tiempo ya asistimos a una bellísima publicación del Centro Ibn Arabí *Una casa islámica en Murcia*, debida a los mismos autores (1991), pero *Liétor. Formas de vida rurales en Sarq al-Andalus a través de una ocultación de los siglos X-XI* evoca por su lujo y su presentación los catálogos de exposición. Tiene la ventaja de versar sobre un mobiliario homogéneo proveniente de un conjunto cerrado que, por su diversidad al mismo tiempo que por su coherencia, constituye un testimonio excepcional sobre la vida material de la sociedad de la España islámica.

Jean Marie PESEZ

GUTIÉRREZ LLORET, Sonia: *La Cora de Tudmir, de la antigüedad tardía al mundo islámico: Poblamiento y cultura material*. Publicación de la Casa de Velázquez y la Excma. Diputación provincial de Alicante. Madrid - Alicante, 1996, 476 págs.

Este libro, que ha constituido la tesis doctoral de la Dra. Gutiérrez, es resultado de muchos años de investigación. Es la obra que muchos de los estudiosos del periodo paleoandalusí han esperado, y es, desde luego, un brillante ejemplo de estudio de un periodo tran-